

presentara como prueba el haber dejado intacto el artículo de la Constitución que prohibía al monarca emprender guerra alguna ofensiva sin el consentimiento de los Estados, con lo cual quedaban, según decía, completamente ligados él y sus sucesores. Estas protestas sorprenden en alto grado si se tiene en cuenta que, pocos años después, el referido artículo fué violado y que un segundo golpe de Estado introdujo varias otras modificaciones en la Constitución.

Las cartas que en aquel tiempo se cruzaron entre Catalina y Gustavo, son afectuosas en extremo, reflejándose en ellas la afectación francesa y el tono de la cortesía diplomática. Gustavo excitaba a la emperatriz para que unida a él pudieran consolidar la paz de Europa, diciendo que se consideraría feliz si en esta tarea le tenía por admirador, amigo y pariente. Envió además para la emperatriz y para el gran duque Pablo coches y caballos; y cuando nació el segundo hijo de Pablo se ofreció a ser su padrino y recordó a la emperatriz las bromas que de sus labios había oído durante la temporada que había pasado en su compañía. Catalina le escribió acerca del método de educación que empleaba para su nieto, el que después fué el emperador Alejandro I, y le dió algunos consejos acerca del modo de educar al heredero de la corona de Suecia. El rey solicitó de la emperatriz permiso para llamarla *sestra* (hermana) y le rogó le llamara a él *brat* (hermano). Cuando ocurrió la inundación de la capital rusa, Catalina hizo mucho para mejorar la situación de los que estaban en peligro, y Gustavo, recordando esto, le escribía: «Cada uno de vuestros actos, aun los de menos importancia, es para nosotros (los demás príncipes) una lección.» Catalina, que estudiaba la historia de Suecia, suplicó a Gustavo le indicara obras históricas: el rey le envió un índice, formado por él mismo, de los libros que le recomendaba y se deshizo en alabanzas sobre su aplicación. «Yo dudo, escribió Catalina, que vuestros investigadores históricos de Fach, conozcan la historia de Suecia tan bien como vos. Yo no veo en vos un rey—los reyes, como todas las personas de alta categoría, saben de todo sin haber aprendido nada—sino un historiador, uno de los más dignos miembros de mi Academia de Ciencias (1).» Cuando la muerte de la madre de Gustavo, Catalina envió a este un sentido pésame (2); y el rey, por su parte, suplicó a la emperatriz que permitiera al gran duque y a su esposa detenerse en Estocolmo a su regreso del viaje que habían emprendido por la Europa occidental (3).

En 1783 tuvo efecto, en Frederikshamn, la segunda entrevista entre Catalina y Gustavo; pero así como la permanencia de este en San Petersburgo en 1777 había durado un mes, la estancia en Frederikshamn solo fué de algunos días. Catalina creyó que su primo había jugado en aquella ocasión con dos barajas: su inclinación a Francia, según ella creía, le había inducido a hacer, por medio del campamento militar de Tawastheus, una especie de demostración política contra Rusia, procurando al mismo tiempo destruir, con su visita a Catalina, los temores que le pudiese inspirar la conducta de Suecia.

La impresión que Gustavo produjo en el ánimo de Catalina tampoco fué esta vez favorable. El rey cayó en cierta ocasión del caballo y se rompió un brazo, y con este motivo escribía la emperatriz a Potemkin con cierta sorna que Alejandro de Macedonia nunca se había caído del caballo delante de su ejército. La frivolidad de Gustavo, la importan-

(1) Véase la carta en muchos puntos de la obra *Papeles dejados por Gustavo III*, 1843. Ssolowieff, *Ruina de Polonia*, 184.

(2) *Cartas y documentos de Catalina*, publicados por Bytschkoff, pág. 22.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, IX, 102.

cia que daba a la etiqueta, el cuidado que ponía en su traje y en el de los que le acompañaban, eran objeto de burla en las cartas que la emperatriz escribía a José (4). Catalina decía a Potemkin que Gustavo encontraba un placer en contemplarse delante de un espejo (5).

También Gustavo, al encontrarse poco después con el gran duque de Toscana, manifestó cierto descontento por aquella entrevista (6). Entre tanto se susurraba que el rey hacía algunos preparativos; y en una ingeniosa carta que la emperatriz le escribió a Venecia, donde entonces se encontraba, le decía: «Se murmura que V. M. hace preparativos secretos para apoderarse de Noruega. No doy crédito a la noticia y menos al rumor que me supone amenaza de una invasión en Finlandia, donde se dice que V. M. se propone destruir mis débiles posesiones y desde donde piensa dirigirse hacia San Petersburgo, probablemente para comer allí aquella noche. Como yo no doy importancia alguna a las conversaciones, en las cuales para dar prueba de ingenio se olvidan las cualidades principales de toda buena educación, como son la verdad y la posibilidad, digo simplemente a todo el que quiere oírlo que no sucederá lo uno ni lo otro (7).»

La emperatriz escribió también a Potemkin acerca de las «insensatas empresas del rey de Suecia» y le participó, al propio tiempo, que tenía preparadas algunas tropas y artillería para mantener la seguridad en Finlandia (8). Por entonces entabló Gustavo III negociaciones con Francia para saber hasta qué punto podría contar con el auxilio de esta potencia en el caso de una guerra con Rusia. A su regreso a Suecia hizo ostentación ante el gobierno francés de los grandes medios de que disponía, tanto que Luis XVI tuvo que advertirle que no diera ningún paso impremeditado. Francia tenía gran interés en que la paz no se turbara (9).

En la primavera de 1784, detúvose Gustavo algún tiempo en Finlandia; y en 1786, un general ruso recorrió toda aquella provincia, inspeccionando el terreno, para el caso de una guerra, y también con el fin de estudiar la opinión de los finlandeses respecto de Suecia (10). La conducta de los embajadores rusos en Estocolmo continuaba siendo amenazadora, lo mismo cuando estaba allí Ostermann que cuando estuvieron Simolin, Morkoff y Rasumowsky: siempre subsistía la misma alianza entre el representante de la política rusa y los derechos e intereses de la nobleza sueca. Gustavo exigió la destitución de Morkoff, pero pronto hubo también de alejar de Suecia al conde Rasumowsky. Conforme a las tradiciones de la diplomacia rusa, los miembros de la oposición se reunieron durante la Dieta de 1786, en casa del embajador ruso, y los Brahe y los Fersen veían apoyada su conducta, hostil a su rey, por el propio embajador. Decíase que uno de los principales representantes de la nobleza finlandesa, el baron de Sprengtporten, había prestado, en la época de la Dieta, importantes servicios, llegando hasta el punto de descubrir al príncipe Potemkin los planes de defensa del gobierno sueco que él mismo había trazado algunos años antes. Poco después de cerrada la Dieta, entró Sprengtporten al

(4) Arneth, 209. Acerca de un cuadro que representa la entrevista y que fué pintado por encargo de la emperatriz, véase Castera, II, 175.

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 266.

(6) Véase la carta del conde Mocenigo en el *Archivo ruso*, 1879, I, 85.

(7) Herrmann, *Gustavo III y los partidos políticos en Suecia*, en el *Dietario de Raumer*, 1857, pág. 386.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 334-336.

(9) Véase el examen de las relaciones de Suecia con las demás potencias, en mi citado trabajo, pág. 326.

(10) Posselt, *Gustavo III*, pág. 339.

servicio ruso para influir en la separación de Finlandia de Suecia. Puede, pues, ser comparado con Patkul (1).

Era preciso que el rey hiciera algo para que cesara aquella agitación, y solo una guerra afortunada contra Rusia podía poner freno a los desórdenes de la nobleza. Era preciso establecer en el interior y en el exterior una dictadura militar; y en este sentido la guerra de 1788 fué una continuación y una consecuencia del golpe de Estado de 1772.

Desde el año 1739, existía entre Suecia y la Puerta un tratado de alianza para el caso de una guerra contra Rusia, tratado que había caducado por completo, como lo prueba el hecho de no haber tomado parte Suecia en la guerra ruso-turca de 1768-74. Pero como en 1788 lo que interesaba era encontrar un pretexto para la guerra ofensiva contra Rusia, Gustavo III se apoyó en aquel tratado, el cual imponía a Suecia, como aliada de los turcos, el deber de salir a la defensa del imperio otomano. El embajador sueco en Constantinopla fué entonces tratado con grandes consideraciones, y Gustavo hablaba repetidas veces y con gran ostentación de los subsidios que pretendía haber obtenido de los turcos; pero lo cierto es que los tales subsidios se pagaron tarde y mal (2).

La circunstancia de que Gustavo, como aliado de la Puerta, se encontrase dispuesto a hacer la guerra contra Rusia, le valió gran consideración ante los ojos de los gabinetes de Londres y de Berlín, que se manifestaron dispuestos a auxiliar a Suecia, en la lucha, con hombres, buques y dinero. Francia se mantuvo ajena a estas combinaciones, pues deseaba evitar la guerra, y en un documento francés la aproximación de Suecia a Prusia y a Inglaterra fué calificada de funesto extravío de un amigo desleal (3).

Los subsidios de Francia habían permitido a Gustavo, durante los últimos años, aumentar considerablemente su ejército y su escuadra. El rey sueco creía a la sazón poder estar seguro de la alianza inglesa y prusiana, pues las potencias europeas pensaban que el constante engrandecimiento de la Rusia era una violación, una destrucción del equilibrio europeo, y consideraban llegado el momento oportuno de poner ciertos límites a la situación que aquella potencia ocupaba en Europa. Gustavo podía conquistarse el agradecimiento de las potencias europeas prestando auxilio a Turquía, evitando nuevas desmembraciones de Polonia y humillando, además de la Rusia, al aliado de esta, al emperador José II.

Peligroso é ilegal proceder era el de Gustavo declarando la guerra ofensiva sin el consentimiento de los Estados de su reino: el golpe que intentaba era atrevido como todos los golpes de Estado. Considerábase imposible lograr que Rusia se mostrara agresora, y de aquí que solo rápidos triunfos pudiesen hacer olvidar aquella violación del derecho.

El embajador sueco en San Petersburgo, Nolcken, había participado al gobierno de Gustavo que en Rusia reinaba el mayor desorden en la administración pública, y Gustavo exageró por su parte la excelencia de sus aprestos y depreció los de su enemigo. Cuando la escuadra de Orlog salió del puerto de Karlskrona (29 de mayo, 9 de junio, de 1788) la tripulación no conocía el objeto del viaje. Los preparativos se habían hecho con el mayor sigilo.

Cuando Catalina tuvo noticia, en marzo de 1788, de los preparativos que hacía Suecia, en el colmo de su indigna-

(1) Véase mi citado trabajo, pág. 342.

(2) Chrapowitsky, 2 de julio de 1788. *Memorias de un oficial sueco*. Manuscrito de la Biblioteca imperial de San Petersburgo. Acerca de estas fuentes, véase mi trabajo en la *Revista histórica*, XXII, 317.

(3) Geffroy, obra citada, 662.

ción mandó leer ante el Consejo del Imperio una carta en la cual, entre otras cosas, se demostraba que la emperatriz Ana Ivanowna, en ocasión análoga, había amenazado con no dejar piedra sobre piedra en Estocolmo (4). Pronto se supo que Gustavo propalaba la noticia de que Rusia quería atacar el puerto de Karlskrona, y que recibía subsidios de los turcos. La emperatriz, sin embargo, no creyó verosímil que estallara la guerra: «Yo no atacaré y él no hará más que ponerse en ridículo», decía la emperatriz en 28 de mayo, y a principios de junio participaba al príncipe Potemkin que el gran duque Pablo iba a emprender un viaje al Sur, con el objeto de tomar parte en la guerra turca.

Catalina estaba muy afligida. «El estado barométrico del humor de la emperatriz, como dice Chrapowitsky en su Dietario, no era sereno: estaba encolerizada y se deshacía en lágrimas (5), y subió de punto su indignación cuando se esparció el rumor de que la escuadra sueca se había presentado delante de Reval. Esta fué una falsa alarma, pues se tomaron por buques de guerra algunas embarcaciones mercantes. La emperatriz estudiaba el mapa de Finlandia, daba prisa para que se activaran los aprestos de la escuadra y hablaba con calor de los correos que desde Suecia eran enviados al baron Nolcken. «¿Será tan loco, que quiera atacarme?» preguntaba a su secretario particular, el cual, con la Constitución sueca en la mano, le contestaba que la Constitución impedía al rey promover una guerra ofensiva, y que de esta circunstancia debía sacarse partido para conservar el apoyo de los aliados de Rusia, es decir, de los nobles de Suecia. Las cartas de la emperatriz a Potemkin demuestran la gran intranquilidad que sentía en aquella época (6).

Hablaba de Gustavo III como de «un cerebro algo desarreglado» y decía a Nolcken que era una «locura» que el rey «comenzara», añadiendo que era de esperar que la nación se opondría a la empresa. Lamentábase, además, de que Potemkin no estuviera presente para ayudarla con sus consejos.

Un despacho del embajador ruso en Polonia, Stackelberg, decía que de las cartas prusianas y suecas que había abierto y leído por orden de la emperatriz, se deducía que Gustavo estaba decidido a la guerra, queriendo solo salvar las apariencias y fingir que el ataque había partido de Rusia y no de Suecia; que esperaba apoderarse de Finlandia, Estlandia, Livonia y Curlandia y que quería dirigirse tranquilamente a San Petersburgo para obligar a la emperatriz a que firmara la paz é hiciera ciertas concesiones. La noticia de que Gustavo había puesto los ojos, entre otras ciudades, en Cronstadt causó gran indignación en los círculos que más cerca se encontraban de la emperatriz.

Rusia estaba muy mal preparada para la defensa: todo el Norte se encontraba sin tropas, y entonces se pensó en destinar a la defensa de la capital septentrional una parte del ejército que Potemkin tenía en el Sur (7). Conocióse también la idea de dirigir un golpe de mano sobre Estocolmo (8), cifrándose grandes esperanzas en el desorden que reinaba en Suecia y en el antagonismo que entre la nobleza y el rey existía.

En este sentido, el conde Rasumowsky, en una enérgica nota en que se pedían explicaciones acerca de los prepara-

(4) Chrapowitsky, 22 de marzo de 1788.

(5) Garnowski, *Dietario*, en la *Russkaja Starina*, XVI, 20.

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 481-483, 487.

(7) Besborodko a Potemkin, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVI, 293. Dictamen de Besborodko acerca de las medidas que debían tomarse, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIX, 513, 517, 17, 26.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIX, 23.

